

**DEMONIOS EN  
LA SOMBRA**



**A. M. Fuentes**

Janedith Stone llevaba días que se sentía inquieta y observada. Tanto dentro como fuera de casa. Pero eso era una locura, porque ella no era de esas chicas por los que los hombres se obsesionaban.

Además, estaba aquel misterioso hombre surgido de sus sueños, que se había colado en su vida de forma sorprendente...

Lainus no se podía creer que, una de las posibles herederas de su Majestad Infernal fuera aquella tímida y sexy secretaria de una vulgar compañía de seguros.

Pero el Profeta la había señalado como tal, y tenía que protegerla hasta que el Sello la encontrara y decidiera si era ella o no.

Lo que ninguno de los dos esperaba, era la asombrosa atracción que cada vez era más fuerte, tanto, que no les quedaba más remedio a hacer lo que ambos más temían y deseaban.

*Autor amigo de ePubLibre:* La autora ha cedido libremente el libro para su distribución gratuita a través de [www.epublibre.org](http://www.epublibre.org).

## Capítulo 1º

El edificio Weston era uno de los más antiguos de la zona industrial de RiverBlood, donde estaba ubicado el despacho de abogados Weston-Geevar.

El prestigioso bufete, el único en la ciudad, así como el edificio, llevaban el nombre del primer fundador, William Weston, y actualmente estaba en manos de los herederos de sus socios, Violette y Marcus Geevar, que casualmente tenían los mismos nombres.

La historia de la familia Weston era algo truculenta, ya que habían sido todos asesinados apenas un cuarto de siglo atrás, y todas las propiedades estaban a nombre de una persona a la que se le había dado por desaparecida por aquel entonces.

El señor William Weston y su esposa habían sido asesinados, junto con todo su personal doméstico: un chofer, la cocinera y la niñera de la recién nacida. De la pequeña, de menos de tres meses, nadie había encontrado pista alguna de cuál era su paradero.

La familia Geevar, desde entonces, había hecho de albaaceas de la fortuna Weston, en espera de que la única heredera, Mira Anna Weston, apareciera.

Janedith Stone trabajaba de secretaria de uno de los pasantes del bufete, aunque también hacía de secretaria de sus propios compañeros la mayor parte del tiempo.

Dulce y tímida, no solía decir más de dos frases seguidas y ayudaba a todo el mundo.

—Jenny, haz el favor de archivar esta cuenta, por favor.

Janedith levantó la cabeza del informe que estaba leyendo para pasarlo a limpio y sonrió a Liz.

—Claro, enseguida, ponlo ahí encima.

Liz se alejó de ella con gesto altanero, meneando las caderas al pasar junto a un grupo de comerciales, como si fuera la dueña del despacho en lugar de otra simple secretaria, atrayendo todas las miradas, sonrisas y bromas, y sin que nadie notara a Jenny, que fruncía el ceño mientras observaba la escena, para después volver a concentrarse en sus papeles, ignorando por completo esa gota de celos que brotó por un instante.

Jenny tenía ya 28 años, su vestimenta, alejada de la moda, consistía en una chaqueta de corte clásico que desdibujaba sus formas, dándole una apariencia anodina, acentuada con un severo moño de institutriz, situado en la parte posterior de su cabeza, y unos zapatos planos tan desactualizados, que más de uno se preguntaba si los había heredado de su bisabuela.

Con su 1'85 de estatura, era más alta que la mayoría de sus compañeros de oficina, no había conocido nunca a nadie más alta que ella, aunque había un par de compañeros con los que, encorvándose y con los zapatos planos, podía mirarlos cara a cara sin avergonzarse.

Demasiado alta y delgada, demasiado plana, demasiado... Fea. Así se consideraba ella. ¿Qué más daba que tuviera unas piernas bonitas?, siempre ocultas en los pantalones del traje chaqueta, poco femenino.

Y es que Jenny tenía la tendencia de menospreciarse. Su infancia como huérfana le había dejado severos traumas que, ni con el mejor psicólogo del estado, podía sacarse de encima, y no es que no lo hubiese intentado.

Siempre había querido ser normal, pero se veía tan alta y desgarbada al lado de los demás, que se encogía con la esperanza de hacerse más bajita, más pequeña y manejable, no la amazona que era físicamente.

Por su naturaleza tímida e introvertida, no solía tratar con gente como Liz, y ni mucho menos llegar a tener la confianza en sí misma para tontear con los hombres.

*«La verdad, ¿por qué me extraña que los chicos no me encuentren ni atractiva ni interesante?».*

Aunque en realidad, cuando ella pasaba, los hombres se le quedaban mirando, solo que ella no se percataba de la atención que despertaba en todo aquel que la conocía.

Su naturaleza pacífica y retraída era atrayente, no solo su físico imponente de gloriosa valquiria, con las curvas justas y las kilométricas piernas, con aquel aire de misterio que, sin saber, la envolvía.

Pero Jenny estaba tan rodeada de complejos, que los hombres, para no herirla, terminaban haciéndose a un lado, porque, ¿a qué hombre le gusta herir a una mujer? Solo a los cabrones. Y los compañeros la respetaban lo suficiente para no querer eso para ella.

Aunque también era cierto, que, a su lado, los chicos se acomplejaban de bajitos, y claro, por muy hermosa y dulce que fuera, no siempre se tenía el suficiente aplomo para estar junto a una mujer que es igual o más alta que tú.

Volvió a centrar su mirada en el informe cuando, de nuevo, sintió aquella sensación, como si alguien la estuviese observando. Un cosquilleo en la nuca que jamás había sentido antes, una opresión en el pecho, que no sabía muy bien describir, llevaba asaltándola desde la boda de su mejor amiga, hacia menos de dos semanas. Era como si alguien la mirase fijamente y se burlase de ella.

Pero, mirando a todos lados, nunca encontraba a nadie que lo hiciera.

Negando con su cabeza, se centró en su tarea nuevamente, desechando aquella sensación. Sensación que aun así no se fue hasta que pasó un buen rato, llevándola a pensar que estaba un tanto paranoica.

Tendría que ir nuevamente a ver a la doctora Joyce, su psicóloga, para intentar dilucidar si aquello era parte de su

trauma o era algo en ciernes que la pudiera llevar a un cuadro más serio.

Jenny, un poco hipocondríaca, terminaba yendo siempre a los médicos hasta por un pequeño grano, pensando que era un quiste o algo peor, cáncer. La vida de sus padres había sido breve, y ella tenía el infundado miedo de compartir el mismo designio.

La doctora Joyce no era mucho mayor que ella, y en parte, la consideraba su amiga y aquella que la metía en vereda cuando se aterrorizaba por cualquier tontería. Era la voz de la razón cuando Jenny se sentía perdida o angustiada.

Decidida finalmente a dejar de darle vueltas y más vueltas a la extraña sensación, se puso en modo automático para terminar la jornada de trabajo.

En un plano dimensional distinto, dos demonios varones se inclinaban sobre una especie de fuente creada en la piedra. Uno de ellos era muy alto, de 1'95 cm de estatura, de cabellos negros y ojos grises, vestido con un pantalón oscuro y lo que parecía un hábito de monje humano.

El otro, en su forma de demonio completa, era gigantesco, de más de 2 metros de altura, ojos dorados atornasolados y cabello del mismo color, llegándole hasta la cintura. Unos cuernos afilados afloraban entre la abundante cabellera, de un color rojo oscuro, tirando a morado. Un par de alas plegadas sobresalían de su espalda, así como una cola larga y afelpada, del mismo tono de los cuernos, haciendo contraste con la piel dorada de surfista que cubría el resto de su ser.

Vestía un suave pantalón de color negro, al estilo de las mil y una noches y un chaleco de color plata abotonado sobre su pecho, dejando los brazos descubiertos.

El agua, cantarina y alegre, se deslizaba desde la cúspide de la misma hasta una pequeña balsa de agua, que ambos hombres miraban con la misma atención que dedica un gato a los ratones descuidados. Finalmente, el agua era

conducida por un pequeño canal hasta un hermoso jardín, lleno de frutas y flores variopintas, completamente diferentes de lo que un humano podría encontrar en un huerto exótico.

Detrás de ellos, una mesa de piedra con sus respectivos bancos, se hallaba en la porción de tierra cubierta por un peculiar y suave césped de color terroso. Sobre éste, mullidos cojines estaban esparcidos por un trozo delimitado de terreno.

Y al lado de esta, casi escondida por la abundante vegetación, la boca de una caverna bostezaba al tranquilo paisaje veraniego.

Lainus observaba a la joven rubia de ojos verdes, reflejada en el agua, que le habían asignado, con curiosidad. El Profeta<sup>[1]</sup>, a su lado, le mostró nuevamente el Sello<sup>[2]</sup> y la imagen de ella con la Corona de Llamas<sup>[3]</sup>, con un simple ondeo de su mano.

El Sello, un hermoso anillo de oro viejo, tenía un rubí engarzado bajo una corona y colocado sobre una base de llamas del mismo material.

—Es una de las candidatas. Tu misión será vigilarla y cuando aparezca el Sello, traerla aquí. Nada más. Ni se te ocurra intervenir, o el Sello se volverá a perder.

Lainus asintió y se entretuvo en ver nuevamente a la joven. Era muy hermosa, y Lainus aún no comprendía como era posible que le tocara vigilar a alguien así.

—¿Cómo puede ser que una humana sea una candidata al Trono<sup>[4]</sup>? Creí que solo los demonios podían serlo.

El Profeta se encogió de hombros.

—Ni idea. El caso es que, a época desesperada, medidas desesperadas. Y desde que falleció la Reina, estamos desorganizados y no nacen más hembras. Nos extinguiremos si no conseguimos hallar una solución rápida. Ella es, quizá, la única solución viable. O quizás sea el camino para descubrir lo que va a ser de todos nosotros.

—¿Qué dice el Conclave<sup>[5]</sup>?

—Ni lo sé, ni me importa. Ellos asesinaron al clan real<sup>[6]</sup> antes de poder hacerse con un sucesor, así que se tendrán que aguantar. Por su mala cabeza, estamos así. Y no voy a esperar a que las cosas sucedan al gusto de ellos. Intentaron sentarse en el Trono y ya viste lo que ocurrió. Son unos estúpidos egoístas llenos de arrogancia y el castigo a ello es...

—Muerte al instante.

El Profeta asintió con gesto severo.

—Asegúrate de que nada ni nadie ponga en peligro a esta joven, pero no intervengas de ninguna forma. Creo que es la candidata ideal. Por eso te mando a ella. Confío en que, cuando el Sello aparezca, la elija como Reina. En ese momento, la Corona de Llamas volverá a ser visible para ti y para los demás. O al menos eso es lo que sospecho.

—¿Y cómo se supone que tengo que mantenerme cerca y lejos? Esto va a ser una locura.

El Profeta sonrió.

—Bueno, en realidad es fácil. Te quedarás en el puesto de observación que he preparado justo en el piso de al lado, el cual ha quedado vacío. Podrás observarla tanto, que te aburrirás. Eso sí, procura que nadie sepa que estás ahí o la misión podría fallar. Y mucho menos otro demonio.

Lainus puso una mueca en sus lujuriosos labios.

—O sea, mira, pero no tocar, y tampoco podré llevar a nadie al lugar, por que estará preparado para observarla plenamente. Hasta en el baño. Y tampoco otros demonios, porque podría haber un traidor entre nosotros y entonces estaríamos jodidos.

Lainus observó nuevamente a la humana, un tanto fastidiado. A él le encantaban los humanos, pero no le apetecía ser niñera de ninguno. Pero como había dicho el Profeta, a tiempos desesperados...

Con gesto austero, buscó la mirada del demonio que llamaba amigo.



—Cuenta conmigo. La vigilaré y me ocuparé de que nada le pase. Pero cuando esta misión termine, quiero volver a la Tierra para hacer lo que me salga del nabo.

La estruendosa carcajada de Profeta ante el comentario de su amigo hizo eco en el agua de la fuente y varios humanos reflejados miraron a su alrededor. Lo conocía lo bastante bien para saber qué tipo de cosas haría allí, una vez terminara con su encargo. Aunque su sonrisa fue bastante enigmática cuando le respondió.

—Cuando termines esta misión, podrás hacer lo que te dé la gana. Aunque creo que lo que te apetecerá entonces será muy distinto de lo que codicias ahora. Mientras, sigue mis instrucciones.

Por fin llegó la hora de cerrar el despacho, y la mayoría de los pasantes y sus ayudantes procedían a apagar ordenadores, guardar ficheros, recoger sus chaquetas y salir de la oficina como alma que persigue el diablo, no fuera que los pillaran para hacer horas extra.

Era viernes, y todos estaban ya cansados, deseando llegar a casa y prepararse para el fin de semana. Como la mayoría de los pasantes eran hombres y mujeres jóvenes, estaba claro cuál iba a ser el destino de todos ellos, la gran ciudad, que estaba a veinte minutos en coche.

Jenny se demoró guardando un expediente en su malecón y añadiendo algunas notas a un informe en su ordenador, cuando Bill, uno de los pasantes más jóvenes, se sentó en su escritorio con una sonrisa de oreja a oreja.

Bill era un joven de la edad de Jenny, con tendencia a la obesidad y pequeñas entradas que auguraban una futura calva que él procuraba ocultar. Se mantenía en buena forma, yendo al gimnasio al menos tres veces por semana. Era alto, aunque no más que Jenny, y sus brazos estaban bien marcados.

—Jenny, guapa ¿qué vas a hacer este fin de semana?

Jenny levantó la mirada de la pantalla de su viejo Mac y sonrió, provocando que Bill se pusiera nervioso.

—Pasear por el parque con los niños del orfanato y estudiar un expediente que quiere mi jefe, ¿por qué?

Bill estaba visiblemente nervioso, tocándose continuamente la camisa y secando el sudor de sus manos en los vaqueros que llevaba puestos. La camisa le estaba algo estrecha, así como los pantalones, pero era típico en él vestir una talla más pequeña para marcar los trabajados músculos.

—¿Y no te vendrías a pasar el fin de semana a Seattle? Mira que unos amigos y yo vamos a ir a una discoteca nueva que han abierto, esta noche. Se llama Tigers, y todos los que fueron han dicho que esta chulísima. Bailaremos hasta el amanecer y dormiremos en la casa de mi amigo Evans, la cual es enorme.

Jenny negó con la cabeza.

—Soy voluntaria, y no decepcionaría a esos niños, aunque mi vida dependiera de ello, Bill. Lo siento. Vosotros vais a trasnochar y yo a madrugar.

Bill dejó caer los hombros, decepcionado. Le había costado mucho reunir el valor para pedirle a Jenny que quedase con él, y solo se le había ocurrido aquella excusa. Durante un segundo, perdió la sonrisa, y luego volvió a recuperarla.

—¿Y un café el domingo? Venga Jenny, siempre estás muy seria, ¿no te apetece salir con un amigo para tomar café?

Jenny apago el pc y se levantó, tomando su chaqueta y su maletín.

—Lo siento Bill, el café me provoca insomnio.

Bill se apagó como si hubieran apretado un interruptor y se quedó allí mirando a Jenny, que ya caminaba hacia las escaleras rumbo a la calle, sin replicar de nuevo. Dos negativas eran suficientes para él.

Bill estaba secretamente enamorado de Jenny, como la mitad del bufet, pero ella directa o indirectamente, repelía

cualquier intento de acercamiento de los hombres solteros del mismo.

Con un suspiro, la siguió, con los hombros caídos y con el corazón dolorido.

Jenny regresaba dando un lento paseo hasta su casa. Al fin y al cabo, era viernes, temprano y habían salido antes ya que su jefe de sección tenía organizado un viaje de fin de semana con su amante, como no, la «adorada» Liz.

Nunca entendería a las chicas como Liz. Ella deseaba una familia, seguridad, hijos, amor. No un hombre que solo durmiera en su casa un fin de semana al mes o que solo la usase para el sexo. Por muy salvaje que fuese este.

En eso, era muy estricta, y quizás por ello, a su edad, aun andaba sola en el mundo.

Se detuvo frente a una tienda y observó con admiración un precioso vestido de color aguamarina. Con un suspiro frustrado, se imaginó con él puesto y la visión no le resultó atractiva.

Su pelo rubio, debería ir suelto para poder llevar tacones. *«Y, además, tendría que comprar un relleno para que pareciera que tengo más pecho».*

Odiaba ser tan plana, tan poco atractiva.

Cuando llegó a su edificio, se topó con la vigilante, una mujer de unos cuarenta años, que le saludó con indiferencia.

*«Hasta las mujeres no me tienen en cuenta, como si no existiera».*

Con un suspiro de amargura, subió al ascensor.

Las puertas estaban a punto de cerrarse cuando una mano masculina se metió entre ellas, y con fuerza, las obligó a separarse.

Ante ella, un apuesto joven de unos treinta años la miraba y retenía las puertas.

Jenny no pudo evitar sobresaltarse y sonrojarse al darse cuenta que él la estaba mirando.

«Alto, guapo, y seguro que pillado o gay, además, no se fijará en mí».

El joven entró y pulso la misma planta que ella.

Situado a su lado, no dejaba de sonreír, pero sin mirarla. «¿Quién se va a fijar en un adefesio?».

Así que, aprovechando que no la miraba, ella se entretuvo en hacerlo.

El hombre mediría alrededor de 1'90 o 1'95, con amplios hombros y brazos fuertes, cuyos músculos resaltaban bajo la suave cazadora de ante que llevaba puesta. Su cabello, rubio dorado, era largo y le caía hasta la altura de los hombros, dándole un aire bárbaro y atrevido.

Jenny estaba tentada a tocárselo, para ver si era tan sedoso como parecía. Y sus ojos...

Nunca había visto unos ojos como los de aquel hombre, dorados como su cabello, que transmitían una sensación de peligro que le hacían estremecerse.

Vestía una camisa azul bajo la cazadora de ante de color miel, y unos vaqueros desteñidos y ajustados, revelando las fuertes columnas de sus muslos. Las botas de motero, relucían como si fueran nuevas, y no tenía unos pies pequeños precisamente.

Se preguntó mentalmente si el dicho sería verdad<sup>[7]</sup>.

Lainus sonreía, mientras sentía los ojos de la muchacha fijos en su cuerpo. Por alguna extraña razón, no había resistido mostrarse ante ella. Y ahora, la notaba tan extasiada mirándolo, que no se dio cuenta que él se bajaba y que era su piso.

Cuando las puertas se cerraron tras él y la joven no bajó, desapareció tras la primera puerta, que era la del apartamento que estaba justo al lado del de ella.

Estaba seguro de que le había gustado su apariencia, aunque esta no fuera más que una alteración de su verdadera forma, mucho más grande.

Jenny se reprendió a si misma cuando el ascensor volvió a bajar. Aquel era también su piso y no había sido capaz de

moverse al lado del atractivo joven.

Pulsó impaciente el botón de su planta, suspirando.

*«¿A quién habrá venido a ver este hermoso ejemplar masculino? Seguro que no vive aquí, lo recordaría de la última reunión de vecinos».*

Y en su planta solo vivían una solterona y un matrimonio mayor. ¿Podría ser que hubiera venido a ver el apartamento vacío? Si era así, también habría venido su novia. O su novio. O su madre. O la agente que se ocupaba de la venta.

Echaba de menos a su vecina, Helen<sup>[8]</sup>. Pero ella acababa de casarse con su jefe por sorpresa. Era extraño, nunca hubiera imaginado que Helen fuera como Liz. Pero no había otra explicación para una boda tan apresurada después de una relación de la que nadie había sabido nada. Ni ella, ni la familia de Helen. Al menos su amiga había cazado a un buen marido, joven, atractivo y con mucho dinero, por muy jefe que fuera. Quizás esa era la diferencia con Liz. Helen había apostado por un campeón, no por un viejo verde.

Se bajó del ascensor y miró las tres puertas cerradas. ¿En cuál de ellas estaría su atractivo y misterioso hombre?

Lainus estaba sentado delante de la pared que compartían ambos apartamentos. Por aquel lado, ésta era transparente como el cristal y podía vigilar el salón, el baño y el dormitorio de la joven.

La cocina y el salón estaban unidos por una barra americana, así que también podía observarla mientras cocinaba o desayunaba. Los cuadros y los muebles igualmente habían sufrido el efecto del hechizo lanzado por el Profeta, por lo que su único obstáculo de visión era el pequeño televisor<sup>[9]</sup>, por ser demasiado sensible al hechizo.

Lainus la vio entrar en el apartamento y suspirar. La joven se recostó sobre la puerta un segundo, mientras guardaba las llaves en el bolso y lo dejaba caer en el pequeño mueble que había en el recibidor. Con desgana, dejó el maletín sobre la misma superficie. La vio descalzarse y dirigirse al dormitorio.

Sin dudar, la siguió en su recorrido y entró en su propio dormitorio. Cuando la joven empezó a desnudarse, Lainus sintió una punzada de culpabilidad. Ella se sentía a salvo de ojos curiosos, por lo que se desnudó al completo antes de ponerse el albornoz.

Se quedó pasmado ante la visión del joven cuerpo femenino.

Era delgada, con unos perfectos senos, ni grandes ni pequeños, redondos y coronados por sendos pezones rosados. Vuelta de espaldas, tenía un trasero pequeño y redondeado, que le robó el aliento, y cuando se volvió para tomar el pijama y la ropa interior que había dispuesto sobre la cama, la sangre comenzó a correr más deprisa en sus venas, al descubrir el pequeño y rubio nido de rizos que tenía entre sus piernas.

Lainus, completamente excitado, no pudo más que gemir ante el dolor que sentía en su propia entrepierna.

Si aquella era la futura Reina, que afortunado sería el demonio con el que eligiera pasar su vida<sup>[10]</sup>.

Se detuvo un segundo antes de introducirse en el baño, con el cual compartía la pared del fondo.

Masculló una protesta al ver que no podía observarla dentro de la ducha. La bañera estaba situada justo contra la pared que daba al dormitorio de ella, y estaba rodeada por una cortina de ducha de colores acuáticos. Aunque, la verdad, él sabía cómo solucionar aquello en el futuro. Si tan siquiera se entretuviera fuera un segundo... Pero no, ya habría más oportunidades de disfrutar viéndola en el baño.

Frustrado, salió de allí y regresó al dormitorio. En él, apenas si había una cama grande de matrimonio.

Ya que no podía verla, se daría un baño al mismo tiempo. Claro que él usaría agua fría para intentar aplacar el deseo que sentía.

Jenny suspiró al meterse en la bañera. El agua, muy caliente, tal como le gustaba, la relajó de inmediato. Por fin había desaparecido aquella impresión de ser observada, vi-

gilada. Pero ¿cómo podría hacerlo alguien si ella estaba sola en su apartamento?

Entonces, se sobresaltó al escuchar ruidos en la pared del fondo. Apartó de un manotazo la cortina y prestó atención.

Siempre había sabido cuando Helen estaba en casa porque la pared del cuarto de baño era tan delgada que el sonido del agua llegaba hasta su lado.

De pronto, una hermosa voz de barítono se escuchó, amortiguada por los ladrillos.

Había alguien en el apartamento de al lado, un hombre. ¿Podría ser que su nuevo vecino fuera el hermoso desconocido del ascensor?

Se volvió a recostar en la bañera. Allí estaban, compartiendo un rato de intimidad, separados por una pared.

Jenny se sonrojó de excitación. Si el nuevo vecino era él, podría verlo a menudo. Hablar con él, conocerlo.

Ilusionada como una niña, comenzó a divagar, pensando que le diría cuando volviera a verlo.

Lainus tiritaba de frío bajo el agua helada, ya que estaba tomando una ducha fría, pero, aun así, no pudo evitar hacerse notar por su vecina, cantando a voz en grito una melodía que había oído alguna vez cuando viajaba a la esfera mortal.

No se sabía muy bien la letra, así que inventaba sobre la marcha algo que se pareciera.

*Please, allow me to current I'm a handsome and good taste Rolling for many time, eons*

*You want steal soul & devotion*

*I was there when Jesus Christ needed his moment Me and secure for the hell that is spotless Pilate hands and seal his chance.*

*Pleased to recognize*

*I hope my name to know But what really we like*

*This is the nature of my play<sup>111</sup>.*